

James SIMPSON, *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta*, Alianza Universidad, Madrid, 1997, 415 pp.

En los últimos años, pocos temas han recibido mayor atención que la contribución de la agricultura al crecimiento económico en España durante la época contemporánea, inseparable de su tardía industrialización. La intensidad del esfuerzo, y el elevado número de investigadores implicados en el mismo, han contribuido decisivamente a la consolidación de la historia agraria como una rama específica de la investigación sobre el pasado. Como es bien conocido, ésta cuenta en la actualidad no sólo con un destacado grupo de especialistas sino también con publicaciones propias y una notable autonomía en su no menos reseñable actividad. Aun cuando esta nítida separación no está exenta de riesgos muy notables, tanto en la definición de los temas relevantes a investigar como en los métodos de análisis utilizados, hoy por hoy sus resultados constituyen uno de los exponentes más sólidos de la renovación experimentada por la historia económica española durante los dos últimos decenios.

El libro objeto de esta recensión, traducción de su versión inglesa publicada por Cambridge University Press en 1995, constituye una excelente culminación de los éxitos previos de James Simpson, un destacado miembro de esta corriente quien, en sus artículos previos, había contribuido a aumentar sustancialmente nuestros conocimientos sobre cuál fue el papel desempeñado por el principal sector de la economía española en la trayectoria general de ésta durante el siglo XIX y primer tercio del XX. En este libro, Simpson aborda la respuesta a este interrogante no sólo de manera mucho más explícita sino también para un periodo temporal más extenso. Dos rasgos que lo dotan de un atractivo suplementario al cubrir, desde una perspectiva unitaria, una cuestión tan importante y hacerlo para una etapa tan dilatada como son dos siglos, incorporando el decisivo segundo tercio del siglo XX.

Dividido en cinco partes, más una introducción y una breve conclusión, los doce capítulos del libro son un ejemplo admirable de claridad expositiva. Todos ellos están escritos desde la opción de explicitar tanto los aspectos a abordar en cada uno como las conclusiones obtenidas. Y así, cada capítulo, se inicia con una breve síntesis de objetivos y finaliza con un breve resumen de conclusiones, un epígrafe presente en todos ellos y que curiosamente no está incorporado al índice general del libro. Aun cuando, por inhabitual, esta estructura sorprende inicialmente, como lo hace la reiterada explicitación de las tesis en cada una de las partes del volumen y en la introducción, el resultado final se agradece: el lector sabe en todo momento, y desde el comienzo, cuál es la argumentación del autor y en qué punto de ésta se encuentra.

No es el anterior, sin embargo, el único –ni el principal– mérito de la obra. Simpson ha conseguido sintetizar en cuatrocientas páginas una historia de la agricultura española de gran interés para todos los interesados en el crecimiento a largo plazo, alejada de la simplificación uniformizadora, temporal o geográfica, sin por ello reducir en ningún

momento el rigor a la hora de plantear y responder a muchas de las cuestiones relevantes sobre su evolución y sobre su papel en la senda del crecimiento económico de España durante gran parte de los siglos XIX y XX. Y lo ha hecho, además, demostrando taxativamente que la ausencia de información cuantitativa adecuada para el tratamiento econométrico no es un obstáculo para escribir un excelente libro de historia económica, ni menos aún para determinar la trascendencia de los problemas a investigar.

En sus páginas no sólo demuestra convincentemente la reducida contribución del sector agrario al desarrollo del país, sino también, y ello es más novedoso, algunas de sus principales causas. Entre éstas sobresalen, en mi opinión, la sólida demostración de la importancia de la mala dotación de recursos naturales (tierra y clima) y de las restricciones técnicas para elevar los rendimientos en los cultivos de secano y expandir cultivos intensivos en mano de obra. Lo cual no le conduce en ningún momento a caer en un determinismo impuesto por la dotación de recursos naturales, sino que, por contra, le lleva a explorar, en un análisis lleno de matizaciones, las posibilidades reales, y no siempre aprovechadas, de los propios agentes o de la política económica puesta en práctica. En este terreno, su referencia a California –quizá algo confusa por poco explicada– es más iluminadora de lo que a primera vista pueda parecer: la importancia (negativa o positiva) de las condiciones naturales es inseparable del resto de las variables relevantes de la función de producción (y en especial, en mi opinión, del capital).

Menos concluyente es, a mi juicio, su argumentación para demostrar la relevancia de la debilidad de la demanda urbana o de las no aprovechadas posibilidades de los mercados exteriores. En estos dos últimos aspectos la evidencia analítica e histórica presentada no es siempre convincente. Ni tampoco la causalidad establecida. Y aun cuando en diversas ocasiones se mencionan las restricciones exógenas a la transformación agraria, éstas están principalmente referidas a un proceso de absorción de mano de obra por parte del sector urbano (o la industria) que, al reducir los activos agrarios, hubiera hecho aumentar la productividad, una de las más bajas del continente. Este énfasis en el denominador del cociente, sin embargo, suscita la duda de en qué medida, dadas las restricciones naturales y técnicas (y también las institucionales a las que el libro presta una menor atención) hasta bien entrado el siglo XX, era posible mantener, o aumentar, el producto (el numerador) en el medio y largo plazo si se hubiera reducido el denominador.

Porque, como Simpson conoce bien, la relevancia fundamental de la productividad en el crecimiento no se reduce sólo al cociente entre producto y activos que es un resultado y no una causa. Una mayor atención al conjunto de los factores de las funciones de producción (no cuantificables) hubiera conducido, tal vez, a dedicar más atención a la escasez de capital y a sus motivos. Lo cual quizá hubiera llevado a matizar el análisis de la eficiencia de los productores, directamente vinculado al simplificador «pobres pero eficientes» de Schultz, incluyendo no sólo los precios relativos de los factores, sino también la tecnología (dependiente del nivel de inversión, a su vez función de los beneficios), la aversión al riesgo (función del nivel de renta permanente o de la riqueza personal), la distribución de éstas (resultado de factores institucionales), los circuitos de financiación, la inexistencia de información perfecta y simétrica y, en general, las variables relevantes en el estudio de los mercados de competencia imperfecta, especialmente los asociados a aspectos espaciales e institucionales.

Con ello, tal vez, sus reiteradas afirmaciones contra el determinismo de una pobre dotación de recursos naturales hubieran quedado reforzadas.

Con todo, la atención central a la productividad hace del libro un texto de notable interés para todos los historiadores económicos. Es en este terreno, en donde este concluyente trabajo suscita mayores y más estimulantes interrogantes. No es posible aquí mencionarlos todos, pero un ejemplo puede servir de exponente. Así, su detallada explicación de las diferencias regionales en rendimientos y productividad, desarrolladas en los capítulos 5 y 6, pone de manifiesto las escasas posibilidades de crecimiento de las áreas dominadas por el secano antes de los años sesenta e, implícitamente, el lastre de su mantenimiento para el crecimiento macroeconómico. Lo cual puede ser directamente vinculado a la tesis de la debilidad de la demanda de productos industriales por parte del grueso de la agricultura; tesis que el autor parece compartir aunque explícitamente no se decante por ella. Una vez más, la escasez de capital (en este caso tanto físico como humano) aparece como un elemento determinante del círculo vicioso de la pobreza en el que se encontraba inmersa la mayor parte del sector agrario. Pero consecuencia fundamentalmente de las deficientes condiciones naturales, la tecnología existente y la distribución del excedente. Lo cual, como es fácil advertir, pone de manifiesto una vez más el reto de explicar convincentemente el papel desempeñado por zonas tan relevantes como Andalucía, en gran parte de la cual las dos primeras restricciones operaban con menor vigor, en la mediocre trayectoria histórica del conjunto de la economía durante gran parte de los últimos dos siglos. Y al mismo tiempo, pone en cuestión la oportunidad del subtítulo –la larga siesta– para caracterizar adecuadamente lo sucedido en la totalidad del sector y específicamente en las zonas del secano interior en donde las tres sí operaban con gran intensidad.

El libro, pues, está llamado a convertirse en un clásico de la historia de la agricultura española contemporánea; en un trabajo decisivo para comprender su relevante, y negativo, papel en el desarrollo económico de España. Ciertamente, no agota la explicación de las causas del atraso agrario. Pero sienta bases extremadamente sólidas para seguir profundizando en ellas y también, y quizá sobre todo, para comprender gran parte de las razones relevantes de la tardía consolidación de la sociedad industrializada.

JORDI PALAFOX GAMIR